

## De cómo el retroceso apuntó casi en amasiato

Quedamos, pues, en que al concluir la década de los treinta el instrumental informativo empezó a ser manejado por intereses hostiles al Estado y a las fuerzas populares.

La maldita jaqueca que padezco me impidió recordar en mi artículo anterior que por el 38 o el 39 (¿qué año fue, don Enrique?) apareció *El Popular*, en el arranque como órgano de la CTM, después como vocero de la amplia corriente progresista, con un estupefaciente elenco de colaboradores, bien escrito, combativo y lúcido, siempre vigilante del acontecer nacional e internacional para analizarlo con estricto apego a la verdad histórica. La prensa "independiente", con afán de minimizarlo, le apellidaba "el diario íntimo de Lombardo Toledano", pero íntimo y todo, no había día que dejara de atacarlo, ora por la pluma viscosa de Bernardo Ponce, ora por la muy sutil de Salvador Novo, ora por la cáustica de Porfirio Barba Jacob, el tormentoso colombiano que al extravío del exceso sumó la desgracia de que su talento literario fuese inicua mente explotado por los industriales de la prensa. Íntimo y todo, *El Popular* dio la batalla, él solo, a la "gran" prensa de su tiempo, y su declinación mortal, en la etapa alemanista, puede explicarse, en gran medida, por el retroceso de los círculos gobernantes en materia informativa. Se extinguió en medio de la indiferencia de quienes cedían el campo a los medios privados de difusión, que para entonces empezaban a caer en manos del gran capital y sus aliados políticos.

Algo ayudó en esa época a la buena información cotidiana *El Nacional* (ya le habían quitado, con rubor, lo de "Revolucionario"), bajo el mando de Froylán Manjarrez y Raúl Noriega. No coincido plenamente con quienes piensan que este diario quedó en calidad de hijo bastardo y vergonzante del Estado. Pero algo hay de eso. Importa sobre todo destacar que la situación se tornaba cada vez más adversa al interés nacional. Se entregaban al enemigo, gratuitamente, terreno, armas y bagaje. La XEFO, radiodifusora propiedad del PRM, segunda del país en importancia y auditorio, se obsequió a quien sabe quién. El magnífico y poderoso equipo de otra estación de radio, confiscada en Ciudad Acuña a un grupo de alemanes durante la guerra, pasó a ser la XEX, usufructuada por intereses particulares. El arsenal privado aumentaba así con materiales que se le entregaban del campo oficial.

Vuelvo a los finales de los treinta. El movimiento obrero, rudamente atacado por la prensa mercantil, respondió con vigor a una campaña que se hacía intolerable por espesa e insidiosa, y en 1937 Lombardo Toledano dirigió una gran manifestación de protesta que sirvió, cuando menos, para demostrar que la calse trabajadora no estaba muda ni cruzada de brazos ante la avalancha de falacias envueltas en tinta impresa. Grupos populares, irritados ante la soberbia que encrespaba de pronto a la prensa "independiente"

por el triunfo de Franco, organizaron una pedrea contra los diarios de Bucareli. Dato curioso: entre los autores materiales de la acción popular, según fotografía publicada por *Ultimas Noticias* al siguiente día, estaba Carlos Denegri, quien meses antes firmaba como corresponsal en España de *La Voz de México* (antes *El Machete*) y quien meses después firmaría como columnista estrella y mimado del más ruidoso diario bucareliano.

En la ruda ofensiva contra el régimen de la Revolución, *Ultimas Noticias* llegó a inventar a un emigrado español, supuestamente desertor del campo republicano, dizque llamado Cleofas Pasquengo, a quien se hacía lanzar a diario injurias contra Cárdenas y emitir alabanzas a Franco. Y el día de la elección presidencial de 1940, *Excelsior* cabeceó a ocho columnas, más o menos así: "El emblema verde luce en todas partes". Y el emblema verde, obviamente, era el del candidato reaccionario Juan Andrew Almazán, general del Ejército, quien estuvo a punto de encender una guerra civil que habría sido, con el apoyo de esa prensa, el anticipo de los gorilas profascistas de América Latina.

Pero no por esas entendieron su papel los responsables del mando oficial. Lejos de que fuese detenida la ofensiva de la prensa antinacional se inició un raro maridaje entre ciertos círculos oficiales y algunos rotativos. *Ultimas Noticias*, por ejemplo, bajo el influjo de un miembro del gabinete presidencial metido por más señas a empresarios taurino, llegó a inventar y publicar un "discurso" provocador de Lombardo Toledano que comprometía la alianza del movimiento obrero con el Estado, cuando México cuidaba su unidad interna ante las acechanzas nacidas de la Segunda Guerra. Fue tan burdo el invento que el vespertino se vio obligado, por ley, a publicar íntegramente la aclaración rectificadora y tajante de Lombardo. Ojalá y recordaran esto los legisladores que van a vérselas con el proyecto, si lo hubiese, de reglamentación informativa.

Los intereses privados siguieron sin embargo su avance implacable en el área informativa y pronto veríamos el insólito amasiato de políticos oficiales con columnistas afamados, idilio fraguado en misceláneas y ficheros que llegaron a ser, con la bendición del PRI alemanista, tablero oficioso de vaticinios electorales, de chismes aldeanos y de intrigas palaciegas.

En otro aspecto la retirada pasó a ser rendición. El armisticio empezó a firmarse en las oficinas de prensa de algunas dependencias oficiales adonde fueron llevados periodistas extraídos de ciertas redacciones, no tanto para aprovechar su capacidad personal, sino para conquistar la confianza y el apoyo benevolente de la prensa que poco antes había sido trinchera antigubernista declarada. Era obvio que ese profesional jamás rompería el cordón umbilical con su matriz y que nunca se sentiría identificado, por origen e incapacidad, con los intereses

del Estado. Si acaso con las muy particulares ambiciones del patrón oficial que lo contrataba. Una lógica elemental aconseja llevar, pues, a las relaciones públicas oficiales gente con formación y convicción políticas tales que en última instancia les permitan negociar de poder a poder con esa otra fuerza política en que se ha convertido la prensa en manos del capital oligárquico.

Ya en pleno acoplamiento, y con honrosas excepciones, funcionarios y políticos se dieron a la búsqueda de los reporteros más conocidos para entenderse con ellos, o bien los periodistas asediaron a los hombres públicos para sacarles provecho. Cualquiera que haya sido el lado de donde partía la seducción, el encuentro se dio, casi institucionalizado, y el entendimiento cuajó el sistema. Conoció políticos que renegaban de ese proceder, por sinuoso y turbio, pero se decían: "Si no lo hago, ¿qué me espera? Estoy solo, inerme, desprotegido". Así era así es. El descrédito público forjado en las columnas de cierta prensa, así fuese injusto, notoriamente injusto, tenía resonancias en las esferas oficiales, desfavorable al político desacreditado.

El telón de fondo de esta representación dramática, o melodramática si a alguien así le gusta, ha sido el tremendo poder que, en causa de su propio impulso y de las debilidades de los oficiales han cobrado los medios masivos de comunicación, controlados ya por el gran capital, así en la prensa como en la televisión. Se acabaron para siempre, en cuanto empeño empresarial, las aventuras más o menos románticas de un Rafael Alducin, un Lanz Duret (el viejo, el profesor de Derecho Constitucional) un Pablo Langarica, un Herreras en su primera etapa, un Hernández Llergo y un González Camarena en la TV Hoy, cuando se hable de los grandes medios informativos, hay que pensar que detrás de ellos está el poderoso capital financiero industrial y comercial, con sus irrenunciables fines hegemónicos. ¿Se darán cuenta los círculos oficiales con quien se enredaron en esta trama de condescendencias y favores que por exigencia de definición he llamado amasiato?

Cuando pienso en esto no me queda otra que releer la tremenda requisitoria de López Portillo en su último informe contra cierto tipo de periodismo. Es, cuando menos, un escape a mi pesadumbre.

Quede bien claro, por último, que nunca he propuesto el manipuleo estatal de la información. Eso sería totalitarismo. He dicho que el Estado tiene pleno derecho a influir en la orientación de la opinión nacional al través de los medios sociales de comunicación "sin mengua de la libertad de expresión ni del acceso legítimo de los informadores a las fuentes oficiales". ¿Qué es difícil? No; difícilísimo, casi escabroso. Pero más escabroso es que la conciencia nacional esté turbiamente manipulada por intereses particulares opuestos al legítimo interés del pueblo y de la nación.